

EL USO DE LAS EVIDENCIAS MATERIALES EN LA INVESTIGACIÓN DE LA CULTURA CELTIBÉRICA: LA ZONA ARQUEOLÓGICA DE EL CEREMEÑO (GUADALAJARA, ESPAÑA)

THE USE OF THE ARCHAEOLOGICAL RECORD IN THE RESEARCH THE CELTIBERIAN CULTURE: THE ARCHAEOLOGICAL SITE OF EL CEREMEÑO (GUADALAJARA, SPAIN)

M.^a LUISA CERDEÑO (*)

RESUMEN

Los estudios sobre la cultura celtibérica han avanzado notablemente en los últimos años debido tanto a nuevos planteamientos, como al hallazgo de nuevos enclaves que están proporcionando importante información arqueológica, hasta hace poco tiempo deficitaria. Entre ellos, el castro de El Ceremeño y su necrópolis asociada se han convertido en una de las referencias más significativas de esta cultura. En el presente trabajo se subraya la necesidad de analizar en profundidad, dentro del marco más general de la cultura celtibérica meseteña, los datos y fechas radiocarbónicas allí obtenidas para evitar desenfoces y sesgos en su interpretación.

ABSTRACT

Our knowledge on Celtiberian Culture have increased over the past few years. This was due to the new approaches as well as to the finding of new sites which are yielding very important archaeological information, that was lacking till recently. Among these new sites El Ceremeño, and its associated cemetery, have become one of the most significant references to this culture. In the present work, the need to analyze in depth the radiocarbon dates obtained at both sites taking into account the general context of the Celtiberian Culture in the Meseta is stressed in order to avoid biases in their interpretation.

Palabras clave: Protohistoria. Meseta. Teoría arqueológica. Fechas radiocarbónicas. Necrópolis. Cerámica. Metal.

(*) Departamento de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense. 28040 Madrid. Correo electrónico: mluisac@ghis.ucm.es

Recibido: 11-II-2008; aceptado: 12-III-2008.

Key words: *Protohistory. Meseta. Archaeological theory. Radiocarbon dates. Cemeteries. Ceramics. Metal.*

1. INTRODUCCIÓN

Los últimos treinta años de investigación arqueológica española han sido intensos desde que empezaron a llegar a nuestro país los ecos de la crisis que agitó la disciplina en otros lugares, cuando los antiguos presupuestos dejaron de ser útiles y se plantearon ambiciosas innovaciones teóricas y prácticas, principalmente de la mano de los nuevos arqueólogos. Muchas de aquellas nuevas e irrenunciables tendencias acabaron por imponerse aunque también provocaron reacciones, genéricamente denominadas posprocesuales, que han llevado el debate hasta el cuestionamiento de la definición de la propia disciplina.

Sin intentar llegar al fondo de la cuestión, quizás uno de los problemas que tenía planteados nuestra arqueología era la práctica ausencia de un explícito cuerpo teórico sobre el que fundamentar las metodologías y técnicas que podían ampliar las posibilidades de estudio de las culturas del pasado, lo que unido a unas interpretaciones extremadamente positivistas conducía a un callejón sin salida, en el que las culturas eran definidas únicamente por su contenido formal-tipológico (Martínez Navarrete 1989: 58) que, por añadidura, solía estar mal registrado.

La necesidad de cambiar esta situación era evidente aunque las oscilaciones que pudieran

producirse hicieron que algunos autores advirtieran sobre el peligro de dejar a la ciencia sometida a los vaivenes que imponían algunas modas cambiantes (Alcina 1989: 199), peligro plausible si se polarizaban las posturas de teoría *versus* datos materiales.

Aunque se llegó a un punto inflexión en los años ochenta, cuando muchos investigadores plantearon la necesidad del cambio de perspectiva y metodología (entre otros Vicent 1981, 1991; Lull 1983; Martínez Navarrete 1989; Alcina 1989; Criado 1989; Hernando 1992; Burillo 1980, 1984; Ruiz 1993), creemos que no se ha cerrado el ciclo y que todavía seguimos inmersos en un conflicto de identidad, tras una larga evolución conceptual agudizada en los últimos años, en gran medida por el enorme incremento de la influencia anglosajona en el mundo académico español (Vega 2003: 17).

Con todas las variantes posibles, se fueron aceptando los principios procesuales que, de manera sucinta, se centraban en la formulación de hipótesis de trabajo y el diseño de un plan para la recogida y análisis de los datos que, articulados entre sí, servirían para la contrastación o no de la hipótesis propuesta y que supusieron una auténtica renovación en los aspectos metodológicos y técnicos. A pesar de la solidez de muchos de aquellos presupuestos, todos los movimientos posteriores, que siguen manteniendo la actualidad del debate teórico, han mostrado su rechazo hacia el anterior criterio de búsqueda de la objetividad y de la verdad otorgando preeminencia a la subjetividad y ampliando, con ello, la gama de posibilidades interpretativas (1) aunque, como han señalado algunos autores, esta apuesta por la subjetividad puede convertirse en una trampa que fomenta el abandono de la racionalidad interna de lo interpretado y acaba convirtiéndose en mera retórica cuando no en estricta práctica literaria (Criado 2006: 248).

Aceptando que no se debe tratar de resolver un problema histórico sin antes conocer la historia del pensamiento histórico sobre él (Dunnell 1984, en Trigger 1992: 14), observamos que en determinadas ocasiones la ausencia de una base teórica propia conduce a que los trabajos más va-

lorados sean aquellos que dedican un amplio espacio al repaso historiográfico más o menos exhaustivo de la parcela que va a tratar y en el que se repiten una y otra vez las ideas de los mismos autores foráneos, pero sin derivarlas al plano estratégico del proyecto que se describe a continuación. Esas introducciones, en pocas ocasiones originales, parecen constituirse en garantía de todo lo que se expone después dándose por supuesto que ya está asegurado su interés, independientemente de que sean claras las conclusiones o no se perciba una línea argumental nítida.

Hacemos estas observaciones porque creemos que a veces se olvida que en el fondo de toda esta fructífera revisión de la ciencia arqueológica, en la que están incluidos los estudios celtibéricos, subyace la propia esencia de la disciplina y es que las interpretaciones, reconstrucciones o aproximaciones al comportamiento de las sociedades preteritas se apoyan necesariamente en el registro que podamos elaborar a partir de los restos materiales de diferente índole y naturaleza obtenidos en los yacimientos bien excavados y registrados.

A nuestro entender éste es un axioma inolvidable sobre el que, desde distintas posiciones algunas ya antiguas, se insistía pues para proponer una explicación coherente de las sociedades estudiadas era necesario su apoyo en una base empírica rigurosamente analizada (Lull 1983: 13-21). Otras mucho más recientes siguen recordando, antes de acometer nuevas precisiones sobre el campo teórico, que la arqueología incluye todas las actividades organizadas en un proceso orientado a conocer las sociedades humanas a través de los restos materiales que dejaron a su paso por este mundo (Micó 2006: 172) o definen el registro arqueológico como las evidencias manejadas por los arqueólogos en su pretensión de dilucidar las pautas de comportamiento de las sociedades del pasado (Soler 2007: 45).

Está claro que el análisis de la documentación encontrada no se debe quedar en una mera descripción de la misma, sino que debe pasar a formar parte de la estrategia científica, encaminada al conocimiento sociológico e histórico de los grupos del pasado (Castro *et al.* 2004: 252). Precisamente por eso, es imprescindible contar con una base argumental sólida, necesidad que ha propiciado la depuración de los sistemas de intervención en el campo, el rigor en la toma de los datos y, en definitiva, la auténtica tecnificación de la Arqueología en un intento de lograr la mayor

(1) Agradecemos al profesor Manuel Domínguez que nos haya facilitado la lectura de su trabajo, aún en prensa, "Arqueología neoprosesual: alive and kicking. Algunas reflexiones desde el Paleolítico". *Complutum* 19, 2008.

precisión y el mayor apoyo posible para clarificar hipótesis y teorías (García Heras 2003: 8).

Todas las revisiones y cambios de perspectiva se percibieron también, incluso de manera destacada, en el estudio de la Edad del Hierro europea y por ende afectaron al estudio del mundo celta concebido como entidad cultural, étnica y lingüística que ocupaba casi por completo esa fase cronológica. Volviendo hacia nuestra propia parcela, observamos que hace ya bastantes años se retomó el interés por la cultura celtibérica, perdido durante un tiempo tras los espectaculares descubrimientos de principios del siglo XX y las primeras síntesis elaboradas entonces.

Sin embargo, todavía falta realizar una profunda reflexión sobre el verdadero estado de la cuestión celtibérica y, en este sentido, llama la atención que las últimas puntualizaciones y críticas sobre el tradicional mundo celta no han partido de este contexto investigador, sino del interesado por el mundo prerromano del Noroeste. Independientemente de que supongan o no un avance en la solución de los problemas planteados, estas recientes consideraciones insisten en la necesidad de renovación, creyendo que el concepto celta es epistemológicamente inútil y confuso porque parece abundar en su concepción de grupo étnico uniforme y ello impide indagar sobre cuestiones históricas y antropológicas más significativas (González Ruibal 2005: 184). Se habla del “problema céltico” porque realmente su solución, o un acercamiento a él bien enfocado, es algo complejo al seguirse haciendo desde perspectivas diferentes, étnica, lingüística, arqueológica o histórica y además por estar muy condicionado por muchas circunstancias, especialmente la larga evolución del propio concepto (Armada 2005: 170). Son posiciones que, en definitiva, mantienen la línea argumental abierta y sostenida por algunos autores ingleses cuando denunciaban la visión sesgada que se tenía de estos pueblos prerromanos y la necesidad de revisión del concepto unitario que teníamos de ellos (por ejemplo, Collis 1977, 2003; Hill y Cumberpatch 1993).

Sin duda merece la pena seguir profundizando en el conocimiento de los pueblos celtibéricos ya que se les considera los protagonistas más destacados de la Protohistoria meseteña, seguramente porque su memoria no llegó a desaparecer nunca al incorporarse pronto a los anales de la historia escrita, a raíz de los enfrentamientos que mantuvieron con Roma en la última etapa de su desa-

rollo independiente. Esta situación historiográfica, que en principio podía considerarse favorable para los estudiosos, ha tenido también sus inconvenientes pues la investigación se basó durante demasiado tiempo y casi en exclusividad en los textos greco-romanos escritos con frecuencia después de los acontecimientos que narran y en la interpretación que de ellos se hizo en siglos posteriores durante los que se ha ido elaborando un cliché difícil de superar, al igual que ocurre en el resto de Europa.

Quizás esté pendiente todavía esa reflexión crítica sobre lo celtibérico, pero creemos que lo realmente urgente es superar la deficiencia del registro que se maneja para su estudio. Como decíamos antes, faltó durante mucho tiempo la información arqueológica, hasta que a principios del pasado siglo se descubrieron y excavaron una serie de necrópolis que quedaron adscritas a esos pueblos. Los numerosos objetos procedentes de aquellos yacimientos fueron estudiados por los eruditos de la época, siendo la síntesis realizada por Bosch Gimpera (1921) la que tuvo mayor vigencia, confirmó su carácter céltico y su presunta aparición tardía, otorgándoles la calificación de *posthallstätticos*. Cuando la antigua documentación arqueológica fue de nuevo sacada a la luz a finales de los años setenta, tarea en la que participó la que esto suscribe, se volvieron a revisar y a estudiar esos materiales pero siempre desde un punto de vista tipológico ya que eran piezas antiguas que carecían de referencias seguras. Se siguieron utilizando todos estos objetos como base material de interpretaciones y propuestas, cuando la realidad es que no se contaba con contextos conocidos, estratigrafías que los respaldaran o fechas absolutas que aseguraran las cronologías una y otra vez repetidas.

Ante la falta de un registro solvente, algunos investigadores planteamos la necesidad de localizar alguna de aquellas viejas necrópolis, que estábamos estudiando cincuenta años después de su descubrimiento, para intentar comprobar al menos su verdadera ubicación y la veracidad de los antiguos presupuestos. Pero, sobre todo, planteábamos la urgencia de encontrar yacimientos celtibéricos nuevos e intactos que permitieran una intervención programada para obtener evidencias bien documentadas: excavaciones en extensión, estratigrafías confirmadas, materiales contextualizados, toma de muestras, dataciones absolutas, etc. Toda esta actividad recibió un gran

impulso y encontró un marco adecuado en los *Symposia* que sobre los celtíberos empezó a organizar el profesor Burillo (1987, 1990, 1995, 1999, 2007) a finales de los años ochenta y que, al día de hoy, siguen sirviendo como foro en el que se intenta hacer una puesta en común de todas las líneas de investigación abiertas.

La búsqueda de los viejos yacimientos no fue demasiado provechosa pero sirvió para conocer mejor el territorio y para localizar nuevos enclaves, muchos de los cuales se concentran en la Meseta oriental, especialmente en el norte de la provincia de Guadalajara, suponemos que por varias razones. Una de ellas porque fue territorio central de la Celtiberia clásica entonces bastante poblada, también porque allí se ha centralizado una gran actividad arqueológica y, en último lugar, porque es una zona a donde no llegaron a trabajar los pioneros ni ha sido objeto de la posterior codicia clandestina. Se encontraron nuevos lugares celtibéricos en las parameras de Sigüenza y Molina, demostrando que la excavación sistemática de yacimientos nuevos puede ser muy fructífera si se plantea para obtener una información de la que se carecía o para ampliar la ya existente y se acompaña de la presentación de los resultados en un tiempo razonablemente corto.

En este panorama, uno de los lugares donde se han efectuado hallazgos decisivos para la comprensión del desarrollo de la cultura celtibérica es el término municipal de Herrería, pues en él y en sus inmediaciones se están realizando trabajos arqueológicos desde hace veinte años que han puesto de manifiesto numerosos enclaves, poblacionales y funerarios, cuya amplia secuencia cultural abarca desde el Bronce Final hasta ya avanzada la Edad del Hierro (Fig. 1). El yacimiento más significativo de todo el conjunto es el castro de El Ceremeño (Cerdeño y Juez 2002), declarado BIC con categoría de Zona Arqueológica en 1990 y preparado como *Yacimiento Arqueológico Visitable*, que se ha convertido en un referente de los períodos Celtibérico Antiguo y Pleno, a pesar de que no está excavada más que una parte del poblado.

Por ello, es interesante que otros especialistas utilicen las referencias conocidas de un lugar para basar en ellas nuevas hipótesis y propuestas (sobre El Ceremeño por ejemplo, Lorrio 1997, 2005; Ortega 1999; Arenas 1999, 2007; Marcos 2005; Vela 2003; Rodríguez Caderot *et al.* 2006) y estamos lejos de pensar que los datos arqueológicos

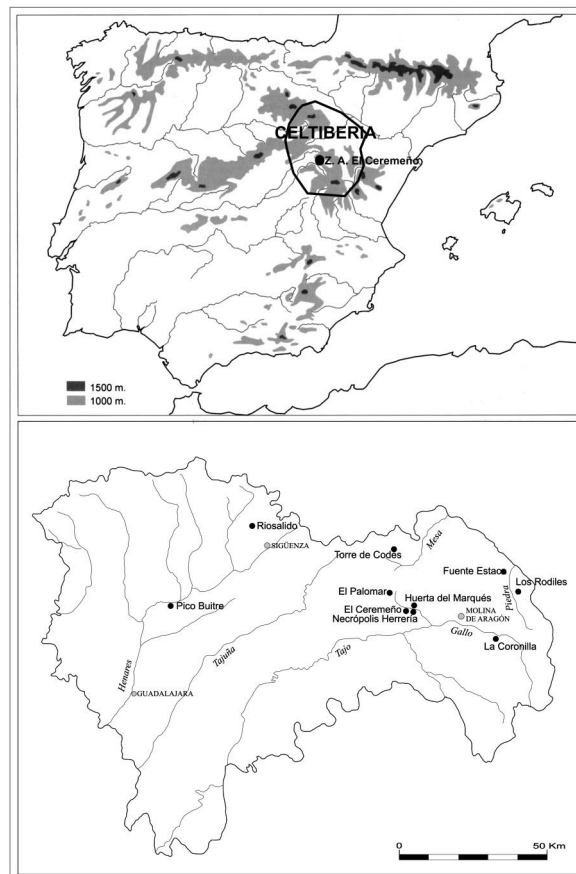


Fig. 1. Límites de la Celtiberia histórica y ubicación de los yacimientos de la provincia de Guadalajara mencionados en el texto.

sólo puedan ser manejados por su descubridor. Muy al contrario, se publican para ponerlos al servicio de la comunidad científica y que ésta los utilice si lo cree conveniente o los critique si lo considera oportuno, siempre que todo ello se haga con rigor en el manejo de datos, cosa que no ocurre en todas las ocasiones (Arenas 2007). El presente trabajo se propone insistir en el divorcio que a veces existe entre los planteamientos teóricos y las evidencias disponibles, ejemplificándolo en algunos de los aspectos que los yacimientos mencionados documentan.

2. EL MARCO CRONOLÓGICO DE LA CULTURA CELTIBÉRICA

Alejada ya la concepción según la cual era inabordable estudiar cualquier sociedad del pasado si

no se conocían previamente sus fechas y superada también la reacción contraria en la que cualquier aproximación cronológica era tachada de arcaica, hace tiempo que llegamos a un punto en el que se acepta que disponer de un referente temporal adecuado es fundamental para ordenar los datos disponibles y para comprender los acontecimientos que los generaron. En definitiva, se hace necesario contar con un criterio independiente para ubicar las manifestaciones arqueológicas en el contexto de las prácticas sociales donde estuvieron involucradas (Castro *et al.* 1996: 3) y ello es imprescindible hacerlo con solidez ya que ningún investigador renuncia a seguir elaborando periodizaciones y proponiendo etapas evolutivas de las culturas que estudia, casi siempre cambiando o matizando las anteriormente establecidas.

En el caso de la Protohistoria meseteña, la determinación cronológica de sus culturas se había hecho básicamente a partir de la tipología de determinados materiales con pocos apoyos estratigráficos, información a la que se incorporaban nexos con acontecimientos y objetos de pueblos históricos que se podían relacionar con ellos, sobre todo lo referido a las fases inmediatas a la romanización. El interés por las culturas de la Meseta decayó durante muchos años y, en general, los nuevos estudios no hacían sino mantener tácitamente las propuestas realizadas hacía décadas, apoyadas en el estudio de las viejas colecciones que ofrecían un panorama repetitivo y circular. Todo esto está cambiando al contar con lugares mejor estudiados y con fechas radiométricas que completan el panorama tradicional y permiten ir reordenando y matizando algunos conceptos.

En muchas ocasiones hemos recordado que uno de los problemas planteados en el estudio de los celtíberos era la poca claridad con que se perfilaban los límites cronológicos de su entidad cultural, tradicionalmente encuadrada en los últimos siglos antes del cambio de era. Ya desde nuestros primeros trabajos comprobamos la mayor amplitud temporal de las necrópolis clásicas y la necesidad de no encasillarlas en el marco *posthallstático* propuesto por Bosch (1921) pues, como se está demostrando cada vez mejor, estamos ante un largo proceso de génesis cultural que hunde sus raíces en los últimos siglos de la Edad del Bronce. La precisión de la cronología celtibérica ha sido uno de los temas recurrentes en los sucesivos *Symposia* a los que antes aludíamos y

en ellos se han realizado propuestas de periodización, con terminologías equivalentes a las utilizadas en la cultura ibérica, que ya están asentadas y aceptadas de manera general entre casi todos los especialistas. Estas periodizaciones personalizan la mera alusión a las etapas históricas de referencia (Bronce Final, I Edad del Hierro, II Edad del Hierro), incorporando un sentido de fase cultural específica (Celtibérico Antiguo, Celtibérico Pleno, etc.)

La base de todas estas divisiones descansaba en la observación de cambios en la tipología de algunos materiales clave, pero no en todos los casos estaba bien argumentada por la carencia de estratigrafías de apoyo y, sobre todo, no estaba claro si realmente los cambios morfológicos de esas piezas (fibulas, cerámicas, etc.) se correspondían con cambios sustanciales en el desarrollo social, económico o ideológico de quienes los habían fabricado. Se desconocían bastante las fases iniciales y se hacía seguidismo de las fuentes clásicas en las fases finales pero, aunque es necesario seguir ampliando nuestros estudios, al día de hoy se va perfilando un panorama mucho más nítido.

Aunque cualquier propuesta es susceptible de ser revisada y ampliada, creemos que en la tabla 1 se resumen, añadiendo alguna novedad, las fases culturales a través de las cuales ya es

Fases culturales	Siglos AC
Protoceltibérico (Bronce Final)	I XIII-XI
	II X-IX
Celtibérico Antiguo (I Edad del Hierro)	VIII-VI
Celtibérico Pleno (II Edad del Hierro)	V - IV
Celtibérico Tardío (II Edad del Hierro)	Fin IV?- mitad II
Celtibero-Romano (II Edad del Hierro)	mitad II a.C.- I d.C.

Tabla 1. Periodización de la cultura celtibérica. Ver dataciones radiocarbónicas en tablas 2 y 3.

habitual acometer el estudio de los celtíberos, siguiendo un esquema que en el fondo de su estructura reproducía el modelo de subdivisión tripartita, más o menos modificado, articulándose en grupos de uno o dos siglos para facilitar el acercamiento a aquellos acontecimientos. El cuadro que ahora proponemos mantiene descompensaciones si consideramos que las fechas más antiguas se apoyan en análisis radiométricos que, aunque todavía será necesario discutir detenidamente, contrastan con los períodos más recientes casi carentes de fechas absolutas que los delimiten y en los que seguimos utilizando seriaciones no siempre revisadas a la luz de los últimos descubrimientos.

1) Las aportaciones de los últimos años han permitido identificar las manifestaciones culturales más antiguas, antes prácticamente desconocidas, mostrando que fue durante el Bronce Final cuando empezaron a estar presentes en estos territorios meseteños una serie de características que calificamos de novedosas porque no se conocían en el sustrato anterior y porque fueron el precedente de algunas que sirven para definir la cultura celtibérica clásica y no desaparecieron hasta el proceso de aculturación romano.

Por ello proponemos unificar el uso del término **Protoceltibérico** y reservarlo para designar los acontecimientos culturales que se desarrollaron durante el final de la Edad del Bronce y que fueron el antecedente inmediato de todo lo posterior, desterrando su uso para aludir a acontecimientos acaecidos durante la mejor conocida Edad del Hierro, según se hacía hace algunos años (por ejemplo II *Symposium* sobre los Celtíberos, 1990) o se sigue haciendo en la actualidad (Argente *et al.* 2000: 234; Lorrio 2005: 397, 401), ignorando las cronologías más altas ahora manejadas.

La información proporcionada por nuevos yacimientos arqueológicos, especialmente las dos primeras fases de la necrópolis de Herrería (Cerdeño *et al.* 2002; Cerdeño y Sagardoy 2007), está resultando fundamental para completar un amplio proceso que desborda el marco convencional de la Edad del Hierro y se introduce en etapas del Bronce Final. La impecable superposición de varias utilidades en este cementerio, con más de cuatrocientas tumbas que lo avalan, hacen que Herrería se haya convertido en ejemplo de esa génesis cultural a la que aludimos, pues la reiteración al usar un mismo lugar para enterrar a los muertos durante varias generaciones y la conti-

nuidad en ritos y materiales durante todo el milenio siguiente, parecen demostrar el asentamiento de unas poblaciones que paulatinamente fueron afianzando su permanencia en este territorio, ocupando paisajes hasta entonces despoblados.

Aunque no están descubiertos los asentamientos correspondientes a cada una de las fases funerarias representadas en esta necrópolis, sí existen en zonas cercanas poblados como Fuente Estaca (Martínez y Arenas 1988; Martínez 1992) o algo más lejos Pico Buitre (Valiente 1984), ambos con fechas radiocarbónicas. Asimismo, se han identificado otros asentamientos, sólo conocidos por prospecciones superficiales, en el interfluvio Mesa, Piedra y Jalón (Martínez 1997: 163; Arenas, 1999: 171, 175), que indican la ocupación de un amplio territorio con características semejantes (Fig. 1). Será necesario ampliar la investigación sobre estas zonas de la Meseta oriental y quizás flexibilizar los rígidos límites que nos imponemos con el mantenimiento de los períodos históricos convencionales, ya que se está comprobando una prolongada secuencia en los procesos culturales allí desarrollados.

Las fechas absolutas obtenidas en algunos de los yacimientos mencionados delimitan fases culturales bien identificadas arqueológicamente y empiezan a perfilar con cierta solvencia (Tab. 2) un marco cronológico y cultural nuevo en el que se pueden diferenciar ocupaciones sucesivas durante el final de la Edad del Bronce que permiten hablar de Protoceltibérico I y Protoceltibérico II, fases bien identificadas de momento en Herrería I y Herrería II (2). En el caso del Protoceltibérico I hay que añadir las fechas obtenidas en el poblado de Pico Buitre de 1040±90 a.C. y 950±90 a.C. (Crespo 1992: 65), calibradas 1238 a.n.e y 1112 a.n.e. posteriormente (Castro *et al.* 1996: apéndice). Para el Protoceltibérico II contamos con la fecha radiocarbónica obtenida en la vivienda excavada del yacimiento de Fuente Estaca de 800±90 (Martínez Sastre 1992: 77), que se convierte en 919 a.n.e. calibrada tras el análisis posterior (Castro *et al.* 1996: apéndice; Arenas 1998: 194).

Las características culturales más destacadas que definen estas fases, entre las que se perciben algunas diferencias aparte de las cronológicas,

(2) Acabamos de recibir cuatro nuevas fechas radiocarbónicas de la necrópolis de Herrería I y dos de Herrería II, aún sin discutir, que confirman las ya publicadas.

Yacimiento	Contexto	Muestra	Referencia	Fecha C-14 BP	Mediana cal a.C.
Herrería I 70 tumbas	T-183	Hueso quemado	Gr-20605	3200±50	1473
	T-152	Hueso cremado	Gr-20603	3010±50	1252
	T-152	Hueso quemado	Beta-238145	3010±40	1252
	T-44	Carbón	Gr-25616	2980±35	1209
Herrería II 229 tumbas	T-222	Hueso inhumado	Gr-26942	2820±40	961
	T-57	Hueso inhumado	Gr-25217	2705±55	831

Tabla 2. Fechas radiocarbónicas de Herrería I y Herrería II, representativas del Protoceltibérico I y II, fechado en el Bronce Final (Cerdeño *et alii* 2002: 143; Cerdeño y Sagardoy 2007: 31-32).

son las siguientes: el Protoceltibérico I está representado en la primera fase de Herrería, asentamiento *ex novo* que muestra una necrópolis en llano perfectamente organizada desde el punto de vista del espacio terrestre y celeste, el rito funerario de la incineración, tumbas planas o con señalizaciones de estelas sin ajuar cerámico o metálico con ofrendas animales (Cerdeño *et al.* 2002: 135). Los poblados contemporáneos están ubicados en llano, de los que podría ser ejemplo Pico Buitre que parece tener cerámicas de tradición anterior junto a tipos nuevos (Valiente 1984).

En el Protoceltibérico II se observan algunas variaciones en la nueva utilización de Herrería II: mantiene la misma organización espacial anterior, el mismo rito incinerador ahora con señalizaciones tumulares pero conviviendo, además, con algunos enterramientos de inhumación también bajo túmulo, cerámicas incisas y aros de bronce (Cerdeño *et al.* 2002: 138). Cronológicamente es contemporánea de poblados en llano como el mencionado de Fuente Estaca, fechado por C-14 y en el que se recuperaron cerámicas bicónicas, decoraciones acanaladas e incisas y una fíbula de pivote (Martínez y Arenas 1988).

Salvo que los poblados identificados de esta época están ubicados en llano, los elementos en ellos descubiertos y la mencionada información funeraria constituyen una novedad respecto a lo conocido del sustrato anterior. En cambio ofrecen evidentes similitudes, formales y cronológicas, con características bien conocidas en las zonas limítrofes del valle medio del Ebro donde la presencia de los Campos de Urnas siempre fue aceptada, siendo ahora evidente que sus influencias también se extendieron hacia los territorios del interior y fueron el sustrato principal del posterior mundo celtibérico. La influencia de los Campos

de Urnas ha sido reconocida por la mayoría de los autores (Almagro 2001; Lorrio 2005; Royo 1990, entre otros), aunque las fechas que se manejaban hasta ahora eran mucho más recientes.

No se puede seguir diciendo que los yacimientos de la Meseta molinesa son casos aislados, dado que ya son numerosos y algunos de ellos están revelando un nuevo panorama cultural que parece no acaba de aceptarse en los foros especializados (3) pero que, bien al contrario, obliga a estudiar bien los conocidos y a encontrar otros yacimientos semejantes en el resto del territorio celtibérico, al ser obvio que existen, para reforzar las evidencias hasta ahora recabadas.

Las etapas de la Edad del Bronce anteriores a los momentos finales ahora descritos todavía son mal conocidas en estos territorios a pesar de los avances realizados en los últimos años en comarcas próximas como el valle del Henares (resumen en Barroso 2002). Conviene recordar que, en este extremo oriental de la Meseta, casi no se han encontrado yacimientos del Bronce Medio, no se ha constatado la presencia de elementos de Cogotas I y no están bien identificados grupos que puedan denominarse indígenas que interactuasen con los portadores de las nuevas costumbres.

(3) Nos referimos a la discusión que se suscitó en la reunión organizada por la Universidad de Teruel "Nuevos enfoques sobre el estudio del mundo celtibérico" (Daroca, 18 y 19 de septiembre de 2007), durante la que se insistió en denominar a la necrópolis de Herrería como un *unicum* que habría que comprobar. Se conocen en superficie otros yacimientos contemporáneos pero, efectivamente, es la única necrópolis de incineración que se ha excavado en extensión durante varios años y que ha proporcionado cuatro ocupaciones sucesivas y superpuestas, bien documentadas por más de 500 tumbas y más de una docena de fechas de C-14. Estas evidencias, publicadas en parte, no creemos que deban minimizarse sino que, por el contrario, parece que obligan a revisar algunos tópicos muy arraigados sobre el desarrollo cultural de la Meseta oriental.

Quizás sea Herrería II el documento más interesante en este sentido, pues durante esa utilización de la necrópolis se han recuperado más de 200 enterramientos de incineración bajo túmulos o empedrados entre los cuales había cuatro enterramientos también tumulares, pero de inhumación ocupando una posición destacada, conjunto que podría interpretarse como muestra de una dualidad o diversidad social (Cerdeño *et al.* 2002: 138), en línea con lo que se interpretó en el yacimiento aragonés de Los Castelletts de Mequinenza (Royo 1987, 1990).

2) El término **Celtibérico Antiguo** debe utilizarse para enmarcar la primera fase cultural en la que ya se observan la mayoría de las características materiales que definen tradicionalmente a los celtíberos, ya en la I Edad del Hierro, y que denotan asentamientos humanos permanentes y sólidos que se mantuvieron durante los siglos siguientes.

Los elementos materiales definitorios podemos diferenciarlos en dos grupos, bien representados en los yacimientos de Herrería, el primero de ellos claramente vinculado con el valle medio del Ebro: necrópolis exclusivamente de incineración en llano con tumbas planas y/o bajo túmulos, los poblados en altura con visibles sistemas defensivos, diseño urbano de “calle central” y viviendas rectangulares adosadas bi o tripartitas (Fig. 5), cerámicas a mano bicónicas, cerámicas grafitadas, decoración excisa tipo Roquizal, decoración incisa, morillos prismáticos macizos, fíbulas de hierro tipo navarro-aquitano y las primeras lanzas y cuchillos de ese nuevo metal (Fig. 2: 1-18, 36, 45, 46), bronce binarios ricos en estaño, cuentas de ámbar o cultivo del mijo. El segundo grupo de elementos ofrece clara filiación con el mundo levantino del Ibérico Antiguo: tinajas y jarras a torno pintadas, urnas de orejetas con tapa de botón bicónico, platos de cerámica gris, fíbulas de pivote, de bucle, de tipo Acebuchal o lámina de oro repujada (Fig. 2: 19-30, 37, 43).

Se confirma la existencia de elementos que vinculan con el valle medio del Ebro, en unión de materiales indicativos de los primeros contactos con el mundo ibérico levantino y todos juntos conforman los caracteres diagnósticos de lo celtíbero. Se perciben, pues, dos ámbitos diferentes con los que estos territorios interiores mantuvieron relaciones, aunque no el modelo concreto de las mismas (intercambio de materias primas, de bienes selectos, de personas). En el caso de los

intercambios hacia el norte, aparte de las influencias ya conocidas durante el Protoceltibérico, hay que añadir las arriba mencionadas y entre ellas nos fijamos de manera específica en las fíbulas navarro-aquitanas en área celtibérica (Fig. 2: 36). Su presencia confirma que todavía en la I Edad del Hierro se mantenían las rutas por las que circulaban determinados materiales, ahora los primeros objetos de hierro, que debieron ser piezas de cierta relevancia usadas como signo de identidad para determinados grupos sociales (Cerdeño y Chordá 2004: 172). Por su parte, la abundancia de cerámica ibérica muy bien identificada (Fig. 2: 19-27, 43) confirma las tempranas relaciones levantinas que ya no se interrumpieron hasta la romanización y debieron llegar al nivel de intercambios matrimoniales, que explicarían la adopción final del alfabeto ibérico para escribir la lengua celta, quizás entre individuos ya bilingües.

El inicio del Celtibérico Antiguo se situaba desde hace tiempo en torno al siglo VI a.C., quizás de manera un poco repetitiva, y algunos autores denominaban Edad Oscura a las centurias precedentes (Ruiz Zapatero y Lorrio 1999), pero creemos que este panorama ya ha cambiado a raíz de los últimos descubrimientos y de las fechas radiocarbónicas que los acompañan. De nuevo el castro de El Ceremeño y su necrópolis asociada de Herrería III son los que proporcionan esperanzadores resultados, a los que ya se van uniendo otras informaciones.

En la tabla 3 ofrecemos dataciones relevantes para enmarcar esta fase cultural. Destacan las dos procedentes de la necrópolis de Herrería III cuya media ponderada cal. 797-756 a.C. (ver discusión en Vega 2007: 183) alarga estos contextos arqueológicos hasta el siglo VIII a.C., empezando a iluminar paréntesis oscuros y haciendo necesaria una revisión de los límites convencionales de nuestra Edad del Hierro, sobre todo teniendo en cuenta que la necrópolis de Herrería III tiene las dos fases más antiguas ya comentadas (Cerdeño y Sagardoy 2007: 29) que demuestran una larga tradición cultural. Los contextos culturales y cronológicos de Herrería III y Ceremeño I son muy coincidentes y a ellos habría que añadir la fecha radiocarbónica de 592 a.C. obtenida en La Torre de Codes II (Arenas 1999: 70), calibrada posteriormente y que se sitúa entre las anteriormente mencionadas.

Con las nuevas evidencias arqueológicas y cronológicas volvemos a insistir en unificar y

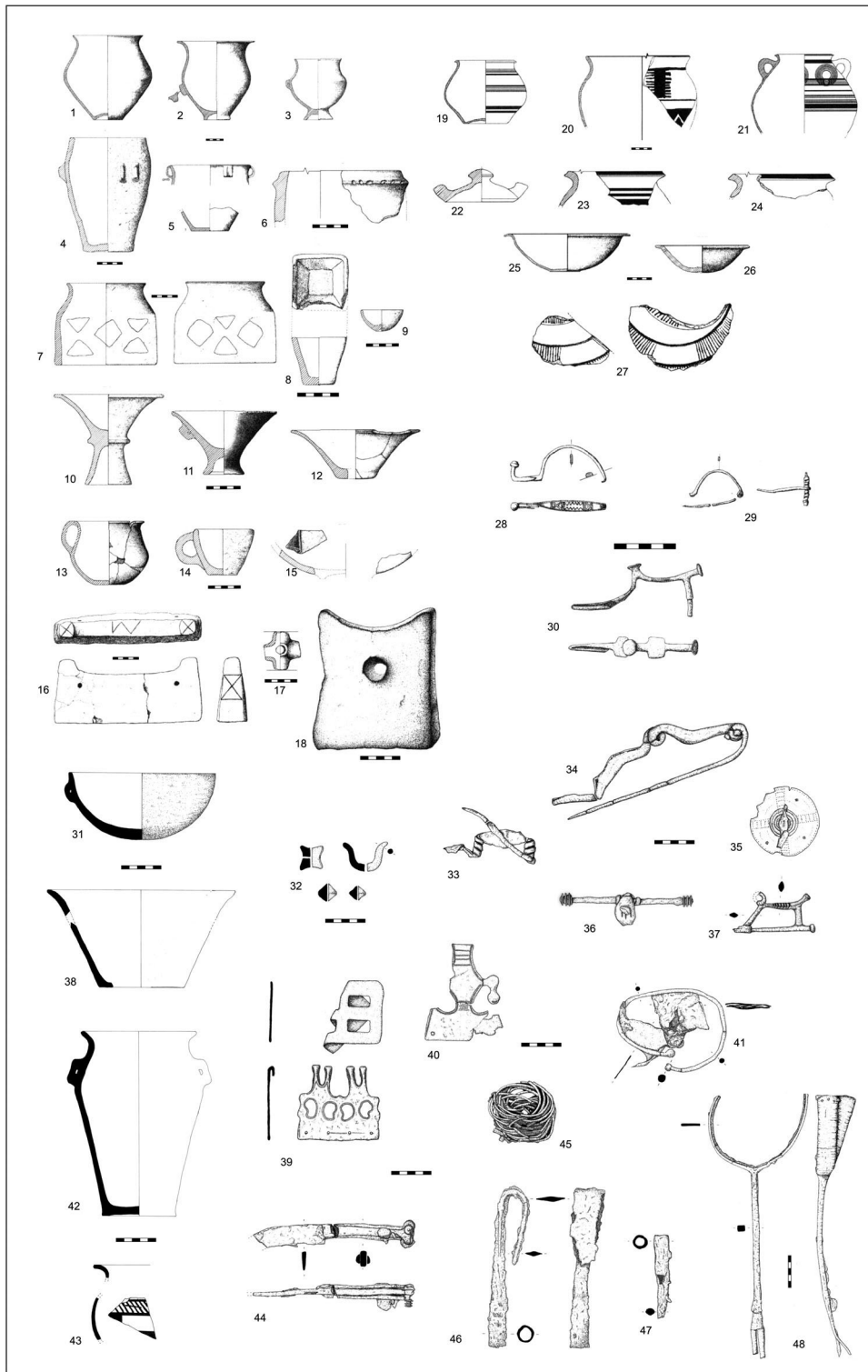


Fig. 2. Materiales procedentes de Ceremeño I (Cerdeño y Juez, 2002: tabla 1) y de la necrópolis de Herrería III (Cerdeño y Sagardoy 2007: fig. 295), representativos del Celtibérico Antiguo.

Yacimiento	Contexto	Tipo muestra	Referencia	Fecha C-14 BP	Mediana cal a. C.	Media Ponderada
Ceremeño I castro	Vivienda C	Carbón	Gr-16771	2480±80	598	594
	Vivienda B	Carbón	Gr-16770	2380±200	498	
Herrería III necrópolis	Tumba 68	Hueso quemado	Beta-10531	2610±40	794	700
	Tumba 47	Hueso quemado	Beta-21530	2500±40	656	

Tabla 3. Fechas radiocarbónicas correspondientes al período Celtibérico Antiguo de Ceremeño I y de Herrería III (detallado análisis de las fechas y calibración en Vega 2002: 127 y ss. y Vega 2007: 183 y ss).

aceptar el uso del Celtibérico Antiguo para el momento de la I Edad del Hierro y en dejar de utilizar particularismos como “horizonte Riosalido” para designar esta primera etapa ya nítidamente celtibérica. El término, propuesto por el profesor Valiente (1988) hace ya muchos años cuando intentaba poner orden en los hallazgos esporádicos que se iban sucediendo en la provincia de Guadalajara, nos parece incorrecto porque resulta demasiado local y sobre todo porque en el castro epónimo, situado cerca de Sigüenza, nunca se han realizado trabajos sistemáticos y todo lo que de él conocemos procede de actuaciones clandestinas de hace casi tres décadas. Sin embargo, está claro que el “horizonte Riosalido” hizo fortuna y hoy se sigue utilizando sin tener en cuenta las novedades que se han producido en el contexto celtibérico (Urbina *et al.* 2007: 66).

A pesar de los indudables avances, las fechas absolutas obtenidas en yacimientos de estas etapas prerromanas siguen siendo escasas, a lo mejor porque algunos resultados poco válidos no justifican la inversión. En cualquier caso, está pendiente una revisión profunda de estas cronologías y de su coincidencia o no con las fechas históricas y arqueológicas que habitualmente se han venido manejando. Precisamente por eso, este nuevo panorama resulta dinamizador y hace necesario insistir en la conveniencia de realizar mayor número de analíticas para disponer de una base de datos amplia que permita centrar una discusión sólida sobre el tema.

3) El período **Celtibérico Pleno** utiliza, como los demás, la terminología adoptada de la cultura ibérica y es la fase que sucede a la precedente, aunque sin estar avalada en nuestra zona de estudio por fechas radiocarbónicas, siendo la base de su cronología la posición estratigráfica de los contextos encontrados.

Tomamos como ejemplo generalizable el castro de El Ceremeño al ser uno de los pocos yacimientos celtibéricos estratificados donde hemos creído encontrar una continuidad con la primera ocupación del Celtibérico Antiguo, a la que se superpone directamente tras el fuerte incendio que la destruyó (Cerdeño y Juez 2002: 44). Tanto por la posición de los restos constructivos, como por los materiales recuperados creemos que el tiempo transcurrido entre el abandono y la reocupación no fue muy largo (¿una, dos generaciones?). Se estableció un nuevo diseño urbano que incorporó un codo y dos torres a la muralla, pero sobre la misma base del modelo precedente. Las viviendas se articularon en torno a dos calles paralelas en vez de a la supuesta plaza central anterior, pero los materiales son bastante similares y todo el conjunto parece indicar poca distancia temporal, lo que no niega que los nuevos ocupantes hubieran cambiado algunas presupuestas materiales, sociales o económicos.

Las cerámicas aparecidas en las viviendas de Ceremeño II son interesantes porque muestran gran perduración en las piezas realizadas a mano (Fig. 3: 12-14) y una gran semejanza entre las piezas a torno ibéricas de importación e imitación, ahora más abundantes y repitiendo casi las mismas formas que en el nivel antiguo (Fig. 3: 7-9). Éste no es un hecho aislado sino, por el contrario, observado en la mayoría de los yacimientos levantinos donde los tipos cerámicos del Ibérico Antiguo se repiten prácticamente iguales durante el Ibérico Pleno (Bonet 1995: 402; Mata 1991: 60).

Aparte de las cerámicas, la tipología de algunos objetos metálicos también nos pareció determinante para mantener la cronología propuesta. Por ejemplo, el modelo de fibula de ánora, los primeros modelos anulares y determinados tipos

de pie vuelto rematado en disco no se conocen de momento más que al comienzo de la II Edad del Hierro cuyo inicio convencional se sitúa en el siglo V a.C. (Fig. 3: 15-17). Las fibulas de ánclora tienen una dispersión geográfica restringida, sobre todo, al ámbito celtibérico de la actual provincia de Guadalajara y a alguna necrópolis de la ribera navarra, hecho interesante tipológicamente y porque sigue avalando las conexiones entre ambas zonas, ya comentadas durante la primera Edad del Hierro en el caso de las fibulas tipo navarro-aquitano.

Todo ello parece no coincidir con la nueva propuesta cronológica de Arenas para la fase más reciente de El Ceremeño en la que desestima nuestro Celtibérico Pleno y afirma que “una buena parte del material con el que se han relacio-

nado la mayoría de las estructuras identificadas como Ceremeño II queda perfectamente encuadrado en un horizonte cronológico situado a lo largo de los siglos III-II a.C., ya detectado en otros enclaves excavados recientemente” (Arenas 2007: 123) en referencia a El Palomar y a La Torre de Codes, pero sin explicar las razones de esta nueva propuesta.

Revisados los dos yacimientos a los que alude el autor como apoyo argumental, echamos en falta una información más amplia de los trabajos que en ellos se realizaron en los años noventa. La Torre de Codes fue definida como un enclave formado por varios focos arqueológicos, en el primero de los cuales se trabajó durante una campaña de dos meses que permitió distinguir cuatro fases de ocupación sucesivas encuadradas en la Edad del Hierro y una quinta de época medieval (Arenas 1999: 69). En este primer sector excavado, La Torre I corresponde a la fase más antigua que el autor denomina Protoceltibérica. La Torre II está superpuesta sobre la anterior y en ella se alude a una fecha radiocarbónica de 590 a.C. (Arenas 1999: 70) que la situaría en el período Celtibérico Antiguo. La fase La Torre III se situó en un Celtibérico Pleno A, aunque es la peor conocida (Arenas 1999: 70) y La Torre IV se enmarcó en un Celtibérico Pleno B. En el segundo sector del yacimiento, denominado La Torre II, se hizo una prospección sistemática durante un mes y se encontraron materiales del Bronce Final y del Celtibérico Pleno (Arenas 1999: 84).

El segundo de los yacimientos mencionados es el castro de El Palomar, descubierto por el autor a finales de los años ochenta (Arenas 1990) y excavado durante cuatro campañas consecutivas poco después (Arenas 1999: 30), aunque la información disponible sobre él es todavía escasa. En el poblado identificó tres fases de ocupación, la segunda de las cuales se adscribió al Celtibérico Pleno en base a los datos urbanísticos y a los materiales encontrados (Arenas 1999: 30 y Figs. 20-32) aunque en una de las láminas, entre los objetos dibujados como Palomar II, figura una fibula en omega y otra posible de charnela de tipología claramente romana (Arenas 1999: Fig. 29).

Al margen de estas bases argumentales y algo más adelante de la nueva propuesta cronológica sobre El Ceremeño, este autor sí acepta una tercera ocupación del castro cuando habla de “la escasa entidad de la ocupación de El Ceremeño

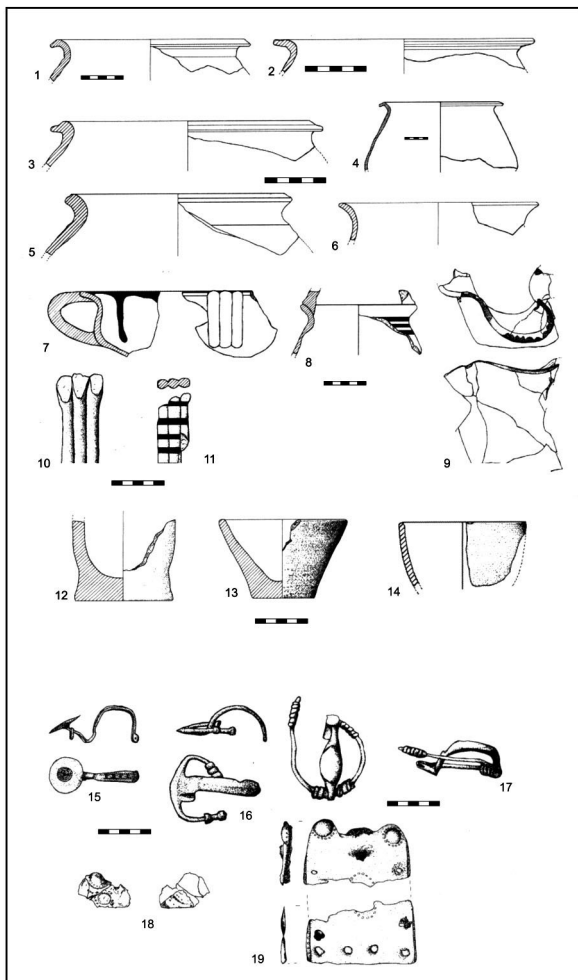


Fig. 3. Materiales procedentes de Ceremeño II, representativos del Celtibérico Pleno (Cerdeño y Juez 2002: tabla 1).

en los siglos V-IV a.C.”, momento en que “pudo desempeñar un papel subordinado respecto a la Huerta del Marqués” (Arenas 2007: 132), nuevo yacimiento que el autor fecha en esos mismos siglos.

Consultada la publicación que cita de referencia, en la que explica las circunstancias del hallazgo de este nuevo enclave, vemos que se fechó en una fase celtibero-romana (Arenas 1988a). Los materiales de la Huerta del Marqués son el resultado “del hallazgo fortuito realizado al practicar unas zanjas durante unas obras cuya premura motivó por nuestra parte una rápida intervención y la recogida del material arqueológico disperso” (Arenas 1988a: 171). En la mencionada zanja apareció un muro de piedra y entre los materiales cerámicos se identificaron varios tipos: en primer lugar, cerámicas a mano paralelizadas con los poblados cercanos de la I Edad del Hierro pero a las que consideró “difícilmente detectables en una etapa como es a la que pertenece el total de los materiales en estudio... circunstancia que habla de una producción alfarera local que convive con otra de mayor radio de difusión” (Arenas 1988a: 173). Un segundo grupo identificado fueron las cerámicas a torno de carácter ibérico y un tercer grupo las cerámicas romanas, representadas por formas comunes y por TSH.

Con todo ello, el autor concluye que la Huerta del Marqués es un lugar habitacional del que no se pueden especificar sus características, que “estaría ocupado por un sustrato celtibérico en plena fase de aculturación por elementos romanos” (Arenas 1988a: 175). Sin embargo, en trabajos posteriores (Arenas 1999: 183, 2007) este yacimiento se cita como ejemplo del período Celtibérico Pleno A, aunque desconocemos la razón del cambio de criterio. Por ello y por otros ejemplos que citamos más adelante, creemos que quizás no sean suficientes estos argumentos (Arenas 2007) para desestimar nuestra propuesta de incluir Ceremeño II en el Celtibérico Pleno.

4) El período **Celtibérico Tardío** resulta difícil de delimitar con precisión, al existir pocas fechas absolutas y no haber nuevos estudios tipológicos de los materiales conocidos, recurriéndose a asociaciones de objetos principalmente procedentes de los ajuares funerarios. Como señalan los excavadores de la necrópolis de Numancia, ante la ausencia de fechas absolutas se vuelve a las referencias cronológicas que proporcionan los materiales, aunque son muy amplias al no cono-

cerse bien los fenómenos de pervivencia y vigencia de los mismos (Jimeno *et al.* 2004: 299).

Es habitual fechar este período Tardío en la Meseta a fines del siglo IV a.C. y en el siglo III a.C. centuria esta última que se ha convertido en un cajón de sastre donde incluimos materiales y acontecimientos acaecidos antes de que se perciba claramente la presencia romana. Sin embargo, el desarrollo cultural que entonces se produjo está poco definido porque no existe mucha precisión en la clasificación de los materiales que se suponen representativos. Esta tradición quizás tenga su origen en la citada síntesis de Bosch (1921) que enmarcaba las necrópolis celtibéricas en dos fases, una primera en el siglo V-IV a.C. y otra más tardía entre final del IV-primer mitad del III a.C., aunque a la luz de nuestros actuales conocimientos sabemos que esa clasificación no puede mantenerse puesto que casi todas las necrópolis tuvieron varias fases de utilización, las primeras mucho más antiguas.

Pensamos que debería ser revisada la costumbre de hablar como si de un todo se tratara de “fin IV, III y II a.C.” puesto que durante esos siglos entró en juego un nuevo elemento de distorsión cultural, la presencia romana, que sin duda dejó huellas reconocibles.

Entre fines del siglo III y el II a.C. deben advertirse diferencias que hay que identificar bien en el registro arqueológico, ya que las fuentes escritas dejan testimonio claro del avance romano hacia el interior. Es el momento de la incursión de algunos generales que, como Catón hacia 195 a.C. o Graco hacia 180 a.C., intentaron establecer, a veces por la fuerza, un nuevo marco de convivencia y asegurar la cooperación de los grupos indígenas (García Riaza 2006: 81). Recordemos que, en los yacimientos de las zonas mediterráneas, están presentes las cerámicas romanas de importación al menos desde principios del siglo II (Sanmartí y Principal 1998) y poco después en el interior, bien representadas en los campamentos numantinos (Sanmartí y Principal 1997).

Pero la información histórica que poseemos de esta época no siempre tiene correspondencia o contrastación con la información arqueológica, que es mucho menos sólida de lo que pudiera parecer. En la Meseta oriental, y especialmente en el área molinesa, no hay demasiados yacimientos localizados de esta época y ninguno excavado en extensión por lo que el momento del encuentro real entre los grupos indígenas celtibéricos y los

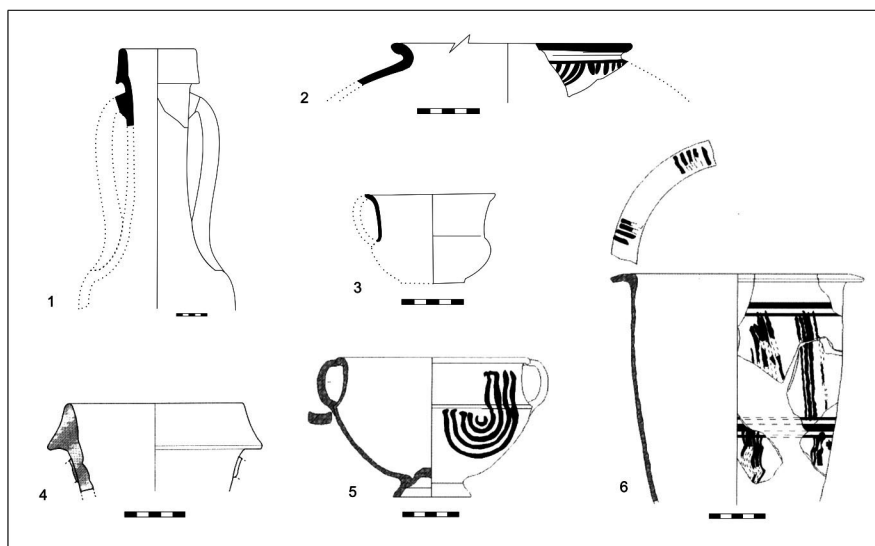


Fig. 4. Cerámicas celtibéricas y romanas del Celtibérico Tardío y Celtibero-romano: 1, 2, 3: Los Rodiles (Cerdeño *et alii* 2008, en prensa). 4, 5, 6: Segeda I (Burillo 2006: figs. 23 y 25).

romanos no está reflejado en una buena secuencia arqueológica. Cerca de nuestro territorio algunos autores señalan el yacimiento de Fosos de Bayona (Cuenca) como la Contrebia Cárbrica atacada por Flaco en torno al 181 a.C. (Gozalves 1999: 14) y algo más tarde, en 179 a.C., Livio (XL, 50, 1) narra la rendición de Ercavica frente a Sempronio Graco.

Ante la necesidad de mayor información, acabamos de comenzar un nuevo proyecto en el *oppidum* de Los Rodiles (4), situado a escasos 20 km. de Herrería. La documentación inicial es muy interesante: un hábitat de casi 5 Ha. con un importante sistema defensivo y en su interior dos ocupaciones, la primera sellada por un nivel de incendio. En el momento de redactar estas líneas acaban de llegar dos fechas radiocarbónicas de esta primera ocupación que, aunque aún están sin analizar, fijan un asentamiento indígena a inicios del siglo III a.C. Parece que, como otros enclaves de la época, acabó sufriendo las incursiones militares romanas de principio del siglo II a.C., aunque no debieron ser especialmente devastadoras.

Es necesario fijarse en zonas limítrofes a la comarca molinesa, por ejemplo en la zona de Ca-

latayud, pues allí se ubica Segeda considerada uno de los yacimientos importantes del Celtibérico Tardío y Celtibero-Romano (Burillo 2006: 203), cuyo territorio conecta directamente el valle del Jalón con este extremo de la Meseta que ahora estudiamos (Fig. 4: 3-6). La destrucción de Segeda I por parte de Nobilior en 153 a.C. es una de las referencias obligadas para este período. Igualmente la mencionada necrópolis de Numancia (Jimeno *et al.* 2004) proporciona interesante información sobre los celtiberos de las etapas tardías.

En todos estos yacimientos de las últimas fases, las cerámicas celtibéricas encontradas no son comparables a las recuperadas en Ceremeño II (Fig. 4), por lo que creemos que no se puede afirmar sin mayores matices que esa fase del castro y todas sus características “se encuadran perfectamente en un horizonte cronológico a lo largo de los siglos III-II a.C.” (Arenas 2007: 123).

5) El período **Celtibero-romano** debería hacer referencia al momento en que los celtiberos entraron plenamente en la historia de los conquistadores y podría elegirse como límite inicial la emblemática fecha de 133 a.C. puesto que después de la caída de Numancia, quizás nada volvió a discurrir en estos territorios como lo había hecho hasta entonces.

Esta fase se definiría arqueológicamente por el mayor número de materiales romanos en unión de los claramente indígenas como en el mencio-

(4) Una síntesis de los trabajos hasta ahora realizados está en prensa bajo el título “Fortificaciones celtibéricas frente a Roma: contexto histórico y arqueológico del *oppidum* de Los Rodiles (Guadalajara)”, *Complutum* 19, 2008.

nado caso de Los Rodiles (Fig. 4: 1-3) o en el castro de La Coronilla, donde se recuperaron monedas de la ceca de Segeda junto a cerámica campaniense y de paredes finas (Cerdeño y García 1992: 76) (Fig. 4).

En este marco cronológico general de la cultura celtibérica meseteña, no entendemos bien la nueva propuesta temporal de Arenas (2007: 131, Fig. 5) precisamente para el área de Herrería y, sobre todo, que sirva al final de su artículo como base para la elaboración de una secuencia amplia que abarca desde un rutinario siglo VI a.C. hasta la romanización. En esas centurias el autor ve un modelo diacrónico de poblamiento con hitos supuestamente bien representados por los yacimientos mencionados, especulando también sobre los diferentes procesos sociales allí acaecidos. Pero para llegar a la conclusión de que existió un poblamiento diacrónico y de que hay que analizar el espacio construido en El Ceremeño y “conceder a sus ocupantes un mínimo grado de autonomía y de protagonismo en la construcción de su cultura” (Arenas 2007: 133) primero hay que atender adecuadamente a todas las evidencias disponibles. Echamos en falta un riguroso análisis del registro, la mención o discusión de las cronologías utilizadas desde hace años y la inclusión de las nuevas fechas radiocarbónicas, algunas de ellas obtenidas por el propio autor, que ya perfilan bien las fases del Protoceltibérico y del Celtibérico Antiguo, especialmente en la comarca molinesa por ser allí donde se ha concentrado un gran número de hallazgos.

3. EL ESTUDIO ESPACIAL DE LOS ENCLAVES CELTIBÉRICOS

Los estudios sobre el entorno en el que se desarrollaron las sociedades investigadas han ido adquiriendo una paulatina importancia, evidente con sólo observar el crecimiento exponencial de las publicaciones sobre esta temática, desde el momento en que se iniciaron los cambios en el enfoque de la disciplina, comentados al principio de este texto. Algunos sectores de la investigación española empezaron muy pronto a prestar atención a los estudios espaciales, destacando las reuniones y publicaciones periódicas que desde hace treinta años se organizan de manera continuada en la universidad de Teruel (Burillo 1984; Orejas 2006) y que se han convertido

en un punto de referencia obligado. Otros grupos trabajan igualmente en esta dirección tanto desde el plano teórico, insistiendo en que el comportamiento de las sociedades se basa fundamentalmente en el concepto que tengan del espacio y del tiempo, al ser los mecanismos mediante los que se controla de manera efectiva la realidad circundante (Criado 1993; Ruiz *et al.* 1998; Hernando 1999, 2002), como realizando proyectos específicos de gran interés (entre otros Burillo y Sus 1986; Criado 1989; Criado *et al.* 2000; Parcero 1995, 2002; Fábrega 2005; Sánchez-Palencia y Fernández-Posse 1988; Sánchez-Palencia 2000; Chapa *et al.* 1998, 2004).

En el caso concreto de la cultura celtibérica ocurría lo mismo que hemos comentado líneas arriba: la falta de yacimientos que permitieran acometer este tipo de trabajos, pues de los antiguos se podía dudar hasta de su exacta ubicación. La excavación en extensión de sitios celtibéricos era una de las actuaciones más necesarias y la atención a los espacios ocupados también para conocer con precisión a los grupos que los ocuparon y el cómo y para qué los organizaron. Fue el mencionado equipo de la universidad de Teruel el que primero empezó a aplicar los nuevos métodos en la Celtiberia aragonesa tanto desde el punto de vista macro, como microespacial (Burillo 1980, 1986, 1995), pero todavía son pocos los proyectos enfocados en esta dirección.

En el área molinesa hay algunos yacimientos que han proporcionado buena información desde esta perspectiva espacial, como el castro de El Ceremeño y la necrópolis de Herrería, aunque ello no significa que se hayan agotado, ni mucho menos, todas sus posibilidades de interpretación y discusión. Durante el estudio del recinto funerario atendimos a la organización de la propia necrópolis como recinto sagrado, incluyendo el espacio terrestre que lo circunda y el espacio celeste visible desde allí, en la creencia de que buenos estudios topoastronómicos pueden proporcionar datos adicionales sobre aspectos simbólicos e ideológicos de sus usuarios (Cerdeño y Sagardoy 2007; Rodríguez Caderot *et al.* 2006). El castro de El Ceremeño fue de especial interés porque su buen estado de conservación, en particular el del nivel sellado por el incendio, permitió obtener una documentación bastante precisa de su organización interna, siendo un ejemplo de los pequeños, y en aquel momento abundantes, enclaves rurales.

3.1. Las viviendas de El Ceremeño

El espacio que ocupa el castro y la distribución de sus estructuras se conoce bien porque se ha excavado casi la mitad de su extensión y se ha delimitado toda su dimensión (Fig. 5). La disposición de los elementos arquitectónicos de las dos ocupaciones responden al modelo de poblado de “espacio/calle central” con las viviendas dispuestas perimetralmente dando la trasera a la muralla y abriendo las puertas al interior; quizás una plaza en la fase antigua. En cambio, en la fase más reciente los recintos se articulan en torno a dos calles paralelas que discurren en dirección Este-Oeste (Cerdeño y Juez 2002: 29 y ss).

En nuestro estudio general del castro, uno de los objetivos fue determinar la funcionalidad de las estancias descubiertas para lo que se atendió a sus características formales y a la comparación entre ellas, la observación de los hallazgos en su interior y los resultados de los análisis químicos de sedimentos realizados en algunos de ellos, debiéndose considerar también la cierta descompensación entre el estado de conservación de unos y otros. A pesar de ciertos matices específicos, creímos que se podían definir dichas estancias como viviendas domésticas donde se realizaron tareas de producción y mantenimiento, sin descartar la posibilidad de otro tipo de actividades sociales, incluidas las rituales (Cerdeño y Juez 2002: 34).

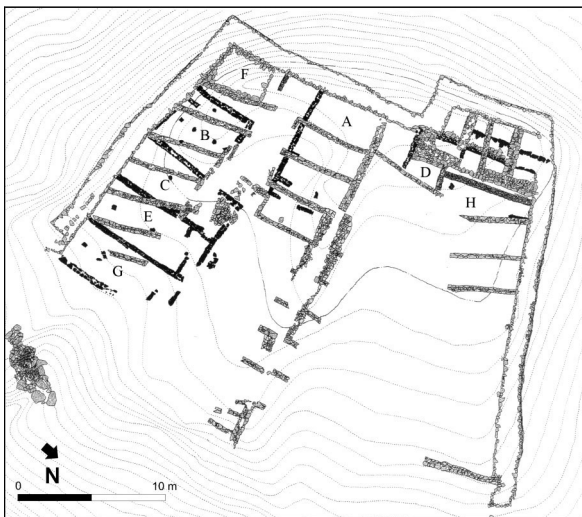


Fig. 5. Plano del castro de El Ceremeño, con las viviendas superpuestas de las dos ocupaciones. Identificadas las viviendas del nivel inferior (Cerdeño y Juez 2002: 32).

Las buenas condiciones de Ceremeño I hacen atractivo su análisis detallado, como prueba el que se acaba de acometer con la finalidad de profundizar en aspectos de índole social e ideológica y poner de relieve fenómenos que han pasado desapercibidos para la arqueología protohistórica de la Meseta oriental (Arenas 2007: 123). En este trabajo se parte de la idea de que es posible percibir las reglas sociales y simbólicas que dieron forma a esos espacios a partir del uso diferencial de cada uno de ellos y de la diversidad arquitectónica que se observa a través de un análisis de la configuración de las viviendas, reiterando las diferencias observadas.

Para mostrar esa diversidad funcional, uno de los aspectos a los que presta atención es el de las anchuras de las puertas, afirmando que en las viviendas B, F y H son mucho más anchas que en las restantes (Arenas 2007: 124). En la primera vivienda parece un hecho evidente, suponiendo que no haya desaparecido ninguna tabicación, pero en las F y H fue imposible comprobar este detalle durante los trabajos de campo y la situación no ha variado desde entonces.

La vivienda F está ubicada en el ángulo suroeste de la muralla, justamente debajo de la torre que se construyó en ese rincón durante la segunda fase de utilización del poblado y de la que no se excavó el interior (Fig. 5). Aunque se puede hacer un cálculo bastante aproximado del tamaño total, durante la excavación no quedaron visibles las estructuras de piedra que delimitan esta posible vivienda, no se pudieron conocer más detalles de su distribución o compartimentación interna ni, por supuesto, el tamaño de la puerta. Esta estancia se identificó tanto por su parte delantera (zona donde debió estar la puerta), como por su parte trasera (espacio adosado a la muralla sur, seguramente la despensa) porque las vigas quemadas del techo y numerosos recipientes cerámicos a mano y a torno “asomaron” por debajo de la torre, que no era tan grande como la habitación anterior, cuando se acometió la restauración de esta estructura defensiva y se llegó hasta su base (Cerdeño y Juez 2002: 39, Figs. 7 y 8).

El caso de la vivienda H es parecido puesto que sólo se excavó una mínima parte de su extensión: una estrecha franja en la zona central (Figs. 5 y 6). Saber las medidas totales de esta vivienda es más difícil que en la anterior al tener encima varios muros superpuestos, que no se quisieron desmontar durante la excavación y

que dificultan una interpretación arquitectónica completa (Lám. I).

Queremos matizar nuestra publicación de conjunto, donde dijimos que esta vivienda podría ocupar todo el ángulo Noreste de la muralla (Cerdeño y Juez 2002: 43). Ahora es un extremo que habría que volver a comprobar porque se ha perfilado un tramo del muro que cierra la vivienda por el lado Este, después de una breve intervención hace unos años con fines didácticos y de limpieza y no publicada después. Pero al margen de esto, la posición de los agujeros de los postes centrales sí era conocida (Figs. 5 y 6, Lám. I) y quizás tampoco permitía mantener nuestra primera afirmación que posteriormente ha retomado Arenas (2007: 43, 123 y Fig. 1): si llegase hasta el rincón de la muralla, sería demasiado grande y, además, montaría sobre la despensa de la vivienda D (Cerdeño y Juez 2002: Figs. 27 y 40). De cualquier forma, parece difícil contar con la anchura de la puerta de este recinto, pues no se llegó a delimitar con claridad la zona concreta de entrada ni ningún muro que pudiera enmarcar esa abertura.

Además de los aspectos constructivos, para llegar a conclusiones acertadas sobre la funciona-



Lám. I. Parte excavada de la vivienda H con los postes centrales, al fondo la muralla y a la izquierda el muro del nivel superior que la corta (Cerdeño y Juez 2002: fig. 27).

lidad de un espacio bien delimitado es necesario el análisis microespacial de su contenido, que quizás todavía esté por profundizar en el contexto que nos ocupa. La nueva propuesta funcional de Arenas (2007: 125) otorga usos diferentes a cada estancia y se basa sobre todo en el número de materiales recuperados en cada una y en su disposición atendándose también, en los casos posibles, a los análisis químicos de sedimentos realizados en algunas viviendas.

Al comparar unos espacios con otros, considera que las viviendas B y F ofrecieron muy poco material en contraste con las restantes. La vivienda F nunca se excavó al tener la torre encima, pero bajo la base de la torre aparecieron numero-

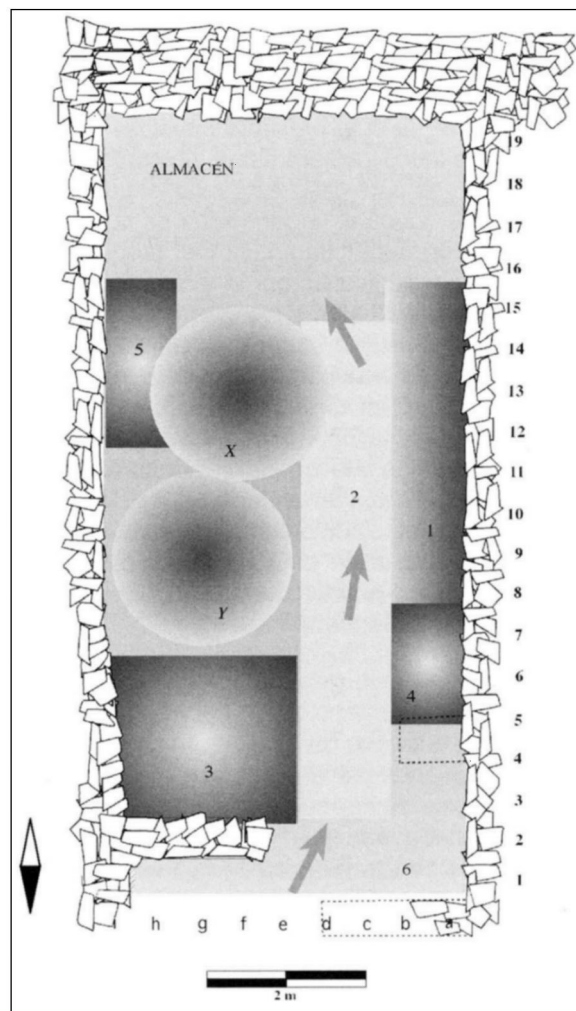


Fig. 6. Planta de la vivienda E con los espacios interpretados a partir de los análisis químicos de sedimentos (Manuel Valdés 2002: 161).

Los restos cerámicos que permiten presumir que la vivienda contuvo numerosos recipientes. Se recuperaron fragmentos de cerámica a mano correspondientes a recipientes de mediano y pequeño tamaño y a varias vasijas de almacenamiento, todos ellos junto a otros fragmentos de cerámica a torno pertenecientes a tinajas, con y sin decoración pintada, materiales muy semejantes a los encontrados en las restantes viviendas.

La vivienda B también proporcionó bastante material cerámico, aunque en menor cantidad que la C o la H y más fragmentado, aunque no analizamos detenidamente la posible causa, que no parece relacionada con su ubicación, en este caso poco expuesta a procesos claros de erosión o arrastre. Se pudo calcular la presencia de, al menos, diez vasijas fabricadas a mano, un fragmento de morillo y numerosas fragmentos de cerámica a torno, por lo menos de seis recipientes distintos. Muchos de los fragmentos cerámicos se concentraban delante de la puerta por lo que puede pensarse que se trató de salir con ellos en el momento del incendio (Cerdeño y Juez 2002: 40). Sobre la base de la supuesta ausencia de material y su índice de fragmentación, se propone que en vez de ser viviendas, los espacios B y la F fueran establos para ganado (Arenas 2007: 125).

En la nueva propuesta también observa que las viviendas G y E proporcionaron poco material cerámico. Eso fue así, aunque no se valora que pudo ser debido a procesos naturales, relacionados con la posición de estas viviendas. Están situadas a la entrada del castro, en el extremo Este del cerro que es el punto más bajo del apreciable desnivel que ofrece en dirección Oeste-Este. Ello ha propiciado una mayor erosión de la zona donde se ubican, posible causante de la pérdida de materiales cerámicos y, lo que es más evidente, de la desaparición de los muros de la ocupación superior, aquí prácticamente inexistentes (Figs. 5, 6 y 7).

En ambas viviendas, sin embargo, se ha conservado bien el nivel de suelo, el más profundo, manteniéndose por ejemplo una hilada de los muros que las delimitan, la posición de las puertas, algún calzo de los postes centrales y los hogares. La vivienda E tiene el interés añadido del resultado de los análisis químicos de los sedimentos al permitir identificar varias zonas de actividad doméstica: pasillo longitudinal hasta la despensa del fondo y áreas de hogar, cocina, descanso y establo (Manuel Valdés 2002: 161-162). Dichos análisis

detectaban la estabulación de ganado en el vestíbulo de entrada, de unos 5 m², donde podían haber estado cinco o seis cabezas de ganado menor, por ejemplo, corderos o bien conejos o volatería que, además, creemos pudieron actuar de parapeto ante el intenso frío nocturno reinante en la zona (Fig. 6). Parece haber heterogeneidad de criterios cuando en la nueva propuesta se desestima esta sugestiva interpretación aduciendo que, en una vivienda de unos 50 m², no se podría convivir con los insalubres animales y que las muestras analizadas pudieron haberse contaminado con el nivel de arriba (Arenas 2007: 126), hecho que el autor de los análisis sólo apunta como probable en la muestra que coincide con el hogar de la ocupación superior, que no se corresponde con el vestíbulo (Manuel Valdés 2002: 162).

3.2. ¿Espacios singulares en ámbitos domésticos?

La visión que en la actualidad tenemos de los grupos del pasado tiende a inclinarse hacia las parcelas del abastecimiento y la producción quizás porque es más fácil la identificación y el análisis de restos, como la fauna, las semillas o los pólenes, mientras se olvida con frecuencia otras posibles motivaciones de índole simbólica, ideológica o ritual.

Cuando se descubre un lugar de asentamiento con diferentes estancias que tienden a reproducir un mismo esquema, se suele recurrir en primera instancia a su interpretación como viviendas domésticas, aunque en grupos no especialmente grandes podrían destinarse simultáneamente a tareas de diferente naturaleza si no tenían lugares comunales para algunas específicas. Creemos que, en el caso de los castros celtibéricos todavía hace falta trabajar más en esta dirección. Estamos ante pequeñas comunidades campesinas a pesar de que la aparición de elementos monumentales en el paisaje, como la ubicación en altura y las murallas de piedra, siempre se han vinculado con cierta complejidad social (Criado 1993: 135).

Nuevamente El Ceremeño podría proporcionar información en este sentido puesto que en recintos como la vivienda H, la singularidad de algunos materiales encontrados nos indujo a proponer de manera sucinta una posible actividad ritual (Cerdeño y Juez 2002: 44), interpretación en la que insiste Arenas (2007: 127) aunque sobre otras bases arqueológicas.

En este nuevo análisis espacial se afirma que la vivienda H tiene “malas condiciones de habitabilidad dada la elevada exposición a los agentes atmosféricos que provoca su amplia entrada” (Arenas 2007: 127). Como ya dijimos en el apartado anterior, sólo se excavó en una mínima parte al estar cortada por dos grandes muros de la etapa posterior (Lám. I), desconociéndose sus medidas totales y las de la puerta, de la que tampoco se puede precisar su posición. Por otro lado, como esta vivienda se ubica en la zona norte del poblado que está más baja que la sur, en todo caso quedaría más resguardada (Fig. 5).

Otro argumento utilizado para confirmar su carácter ceremonial es el número de recipientes cerámicos encontrados, subrayándose que estaban presentes de cuatro en cuatro (Arenas 2007: 127), aunque la mínima parte que se conoce de la vivienda debilita el argumento. Probaría también su condición ritual la recuperación de cinco piezas interpretadas como morillos (Arenas 2007: 127) pero realmente sólo encontramos uno (Fig. 2: 16), de los pocos que se conocen completos en el ámbito celtibérico, mientras que los cuatro restantes son pesas de telar o *pondus* muy similares a las conocidas en numerosos yacimientos (Cerdeño y Juez 2002: 74, 76, 83, 105) y en principio con una funcionalidad bien distinta (Fig. 2: 18). También se han recuperado morillos en las viviendas A, B y G, sin que por ello les atribuya carácter ritual. No se menciona tampoco el molino de piedra barquiforme aparecido junto a las mencionadas piezas, interpretadas por nosotras como contrapesas de un telar de pared por la posición del hallazgo (Cerdeño y Juez 2002: 43 y 105).

Una última prueba de la excepcionalidad de la vivienda H serían los “seis contenedores de tamaño medio repletos de bellotas” (Arenas 2007: 127). La afirmación sin duda es interesante aunque algo exagerada, pues se encontró un total de 177 restos de bellota repartidos en dos vasijas y en dos puntos sobre el suelo, no siendo éste el único hallazgo puesto que en la vivienda C también se recuperaron algunas bellotas adheridas al fondo de una vasija a mano (Arnanz 2002: 135).

La presencia de estos frutos no constituye un hecho aislado en el contexto meseteño pues se han identificado bellotas en yacimientos bien estudiados de la Edad del Hierro, tanto del valle del Duero (Cubero 1994: 118) como de otras zonas y siempre se ha considerado que era un producto típicamente consumido por poblaciones ganaderas

que lo utilizaron tanto como complemento dietético, como para alimento de los animales. La afirmación de que los celtíberos consumían bellotas, seguramente transformadas en harina con las que se haría pan o tortas, se basa en datos arqueológicos como los de El Ceremeño (bellotas carbonizadas en varias despensas, molinos de piedra), en citas clásicas que describen directamente su uso (Estrabón III, 3, 7) o en observaciones etnográficas y etnohistóricas que demuestran su empleo a lo largo del tiempo (García y Pereira 2002: 48).

Sin duda los materiales recuperados en la vivienda H son muy significativos, tanto por su número como por su tipología. Entre ellos destacan los dos recipientes calados que definimos como braseros (Fig. 2: 7). Pero no podemos olvidar dos hechos. El primero es que aún queda más de la mitad del recinto por excavar y podrían encontrarse muchas más estructuras y objetos (Fig. 5 y Lám. I). En segundo lugar es que es una vivienda muy protegida que ha debido mantener una conservación excepcional respecto, por ejemplo, a las que se encuentran a la entrada del castro, al final de la pendiente erosionada. Quiero decir con ello que la desigual repartición y conservación de la información puede influir directamente en la interpretación que de ella se haga, si no se tienen en cuenta las condiciones y limitaciones reales del registro.

4. CONSIDERACIONES FINALES

La entidad cultural que tuvieron los celtíberos ha propiciado que el interés investigador se haya volcado en su estudio, especialmente sobre los momentos finales de su historia independiente puesto que, a partir de sus conflictivos contactos con los romanos, adquirieron una importante dimensión histórica que quizás ha propiciado su protagonismo respecto a otros grupos meseteños contemporáneos.

Durante mucho tiempo, los trabajos se centraron en los últimos siglos de su cultura y la información procedía básicamente de las fuentes escritas grecolatinas que trazaban una visión pocas veces contrastada con la información arqueológica. La identificación de la lengua celtibérica, hace también varias décadas, fomentó los estudios de esta importante faceta puesto que es lógico pensar que el problema de los orígenes de los

celtas peninsulares está inevitablemente unido al de los orígenes de su lengua.

Quizás la abundancia de documentación y de interpretaciones procedentes de estos dos campos científicos hizo que los estudios arqueológicos discurrieran durante un tiempo de manera más marginal y no se renovara un registro que se quedaba obsoleto. Todo ello planteaba la necesidad de dinamizar la arqueología celtibérica tanto desde la búsqueda de nuevas perspectivas teóricas, acordes con los nuevos tiempos, como desde la práctica al ser evidente la escasez y/o deficiencia del archivo material disponible.

Desde finales de los años setenta, defendimos la urgencia de salir de nuevo al territorio celtibérico para buscar en él información inédita, cuyo procesamiento fuera mejorando paulatinamente con los nuevos conceptos y los modernos sistemas de excavación. La acumulación de datos no soluciona por sí misma los interrogantes que hay planteados sobre aquellos pueblos prerromanos, pero el uso continuado de una información antigua y descontextualizada lleva a la repetición circular de determinados presupuestos convencionales. Creemos que en los últimos años se han producido avances importantes, pero todavía queda un largo camino por recorrer en el que será necesario aunar todos los resultados obtenidos desde los diferentes ángulos de estudio.

Las observaciones que hemos hecho en las páginas precedentes no cubren todos los aspectos que la cultura celtibérica tiene pendientes de análisis y reflexión, pero creemos que son oportunas porque los arqueólogos trabajamos con los restos materiales dejados por las antiguas poblaciones que estudiamos y ello nos obliga a ser rigurosos a la hora de registrarlos y, sobre todo, de interpretarlos posteriormente. Uno de los inconvenientes que tiene nuestra actividad es que tropieza siempre con el tamaño de la muestra utilizada puesto que la mayoría de las veces disponemos de muy pocos elementos con los que contrastar nuestras hipótesis, pero esa lógica frustración no puede conducir a sesgar los datos conocidos ni a dar por segura una información sólo intuitiva para convertirla en la base *ad hoc* de nuestras nuevas propuestas.

BIBLIOGRAFÍA

ALCINA, J. 1989: *Arqueología Antropológica*. Akal. Madrid.

- ALMAGRO GORBEA, M. 2001: "Los celtas en la Península Ibérica". En M. Almagro, M. Mariné y J. Álvarez Sanchís (eds.): *Celtas y Vettones*. Diputación Provincial de Ávila. Ávila: 94-113.
- ARENAS, J.A. 1998a: "El poblado celtibero-romano de la Huerta de El Marqués (Herrería, Guadalajara)". *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha* (Ciudad Real, 1985) IV: 171-181. Toledo.
- 1998b: "El inicio de la Edad del Hierro en el sector central del Sistema Ibérico". En J. Arenas y M.^aV. Palacios (coords.): *El origen del mundo celtibérico*. Ayuntamiento de Molina de Aragón. Molina de Aragón: 193-211.
- 1999: *La Edad del Hierro en el Sistema Ibérico Central*. British Archaeological Reports, International Series S780. Oxford.
- 2007: "Sociedad, ideología y entornos construidos durante la Protohistoria del Oriente Meseteño: el caso de El Ceremeño de Herrería". *Trabajos de Prehistoria* 64 (1): 121-136.
- ARGENTE, J.L.; BESCÓS, A. y DÍAZ, A. 2000: *Tiermes V. Carratiermes necrópolis celtibérica. Campañas 1977 y 1986-1991*. Arqueología Castilla y León. Memorias 9. Valladolid.
- ARMADA, X.L. 2005: "Las celtas ante la arqueología del mañana: ideas y perspectivas desde Galicia". *Complutum* 16: 170-179.
- ARNANZ, A. 2002: "Macrorrestos vegetales de El Ceremeño (Herrería, Guadalajara)". En M.^a L. Cerdano y P. Juez (eds.): *El castro celtibérico de El Ceremeño (Herrería, Guadalajara)*. Memorias del Seminario de Arqueología y Etnología Turolense 8. Teruel.
- BARROSO, R. 2002: *El Bronce Final y los comienzos de la Edad del Hierro en el Tajo Superior*. Servicio Publicaciones. Universidad de Alcalá de Henares.
- BONET, H. 1995: *El Tossal de Sant Miquel de Llíria. La antigua Edetania y su territorio*. Diputación de Valencia. Valencia.
- BOSCH GIMPERA, P. 1921: "Los celtas y la civilización céltica en la Península Ibérica". *Boletín de la Sociedad Española de Excursionistas* XXIX: 248-301.
- BURILLO, F. 1980: *El valle medio del Ebro en época ibérica. Estudio de los ríos Huerva y Jiloca Medio*. Institución Fernando el Católico. Zaragoza.
- 2006: "La ciudad estado de Segeda I". En F. Burillo (ed.): *Segeda y su contexto histórico. Entre Catón y Nobilior (195-153 a.C.)*. Estudios Celtibéricos 2. Zaragoza.
- BURILLO, F. (coord.) 1984: *Arqueología Espacial. Coloquio sobre distribución y relación entre los asentamientos*. 5 tomos. Seminario de Arqueología y Etnología Turolense. Teruel.
- 1987: *I Symposium sobre los Celtiberos* (Daroca, 24-26 abril, 1986). Zaragoza.

- 1990: *II Symposium sobre Los Celtiberos. Necrópolis Celtibéricas* (Daroca, 28-30 abril, 1988). Zaragoza.
 - 1995: *III Symposium sobre Los Celtiberos. Los Poblados* (Daroca, 1-3 octubre, 1991). Zaragoza.
 - 1999: *IV Symposium sobre Los Celtiberos. Economía* (Daroca, 25-27 septiembre, 1997). Zaragoza.
 - 2007: *V Symposium sobre Los Celtiberos. Gestión y desarrollo* (Daroca, 9-11 noviembre, 2000). Zaragoza.
- BURILLO, F. y SUS, M.ªL. 1986: “Estudio microespacial de la casa 2 del poblado de época ibérica ‘Los Castellares’ de Herrera de los Navarros (Aragón)”. *Arqueología Espacial* 9: 209-236.
- CASTRO, P.; ESCORIZA, P. y SANAHUJA, E. 2004: “A la búsqueda de las mujeres y los hombres. Sujetos, espacios estructurados y análisis de materiales en un proyecto de arqueología prehistórica”. En *Avances en Arqueometría 2003*. Universidad de Cádiz. Cádiz: 251-259.
- CASTRO, P.; LULL, V. y MICÓ, R. 1996: *Cronología de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica y Baleares (c. 2800-900 cal ANE)*. British Archaeological Reports, International Series 652. Oxford.
- CERDEÑO, M.ªL. y CHORDÁ, M. 2004: “Fíbulas de tipo navarro-aquitano en el área Celtibérica”. *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra* 12: 161-175.
- CERDEÑO, M.ªL. y GARCÍA HUERTA, R. 1992: *El castro de La Coronilla (Chera, Guadalajara, 1980-1986)*. Excavaciones Arqueológicas en España 163. Madrid.
- CERDEÑO, M.ªL. y JUEZ, P., 2002: *El castro celtibérico de El Ceremeño (Herrería, Guadalajara)*. Memorias del Seminario de Arqueología y Etnología Turolense 8. Teruel.
- CERDEÑO, M.ªL.; MARCOS, F. y SAGARDOY, T. 2002: “Campos de Urnas en la Meseta Oriental: nuevos datos sobre un viejo tema”. *Trabajos de Prehistoria* 59, 2: 135-147.
- CERDEÑO, M.ªL. y SAGARDOY, T. 2007: *La necrópolis celtibérica de Herrería III y IV (Guadalajara)*. Estudios Celtibéricos 4. Centro de Estudios Celtibéricos - Junta de Castilla-La Mancha. Zaragoza.
- CERDEÑO, M.ªL.; SAGARDOY, T.; CHORDÁ, M.; GAMO, E. e.p.: “Fortificaciones celtíberas frente a Roma: contexto histórico y arqueológico del oppidum de Los Rodiles”. *Complutum* 19, 2008.
- COLLIS, J. (ed.), 1977: *The Iron Age in Britain: a review*. J. R. Collis Publications. Sheffield.
- 2003: *The Celts. Origins. Myths and Inventions*. Tempos. Stroud.
- CRESPO, M.ªL., 1992: “Pico Buitre y el Bronce final en el valle del Henares”. En J. Valiente (ed.): *La celtización del Tajo Superior*. Servicio de Publicaciones. Universidad de Alcalá de Henares. Alcalá de Henares: 45-65.
- CRIADO, F., 1989: “Megalitos, espacio y pensamiento”. *Trabajos de Prehistoria* 46: 75-98.
- 1993: “Visibilidad e interpretación del registro arqueológico”. *Trabajos de Prehistoria* 50: 39-56.
 - 2006: “¿Se puede evitar la trampa de la subjetividad? Sobre arqueología e interpretación”. *Complutum* 17: 247-253.
- CRIADO, F.; AMADO, X.; MARTÍNEZ, M.ªC.; COBAS, I. y PARCERO, C. 2000: “Programa de corrección del impacto arqueológico de la gasificación de Galicia. Un ejemplo de gestión integral del Patrimonio Arqueológico”. *Complutum* 11: 63-85.
- CUBERO, C. 1994: “Los recursos vegetales y su aprovechamiento en Hispania según los textos clásicos”. *Pyrenae* 25: 117-121.
- CHAPA, T.; MAYORAL, V. y URIARTE, A. 2004: “Recintos fortificados tardoibéricos en la Región del Guadiana Menor. Propuestas de interpretación histórica y nuevos métodos de estudio”. En P. Moret y T. Chapa (eds.): *Torres, atalayas y casas fortificadas. Explotación y control del territorio en Hispania (s. III a.C.- s. I d.C.)*. Publicaciones de la Universidad de Jaén. Jaén: 97-118.
- CHAPA, T.; VICENT, J., RODRÍGUEZ, A. y URIARTE, A. 1998: “Métodos y técnicas para un enfoque regional integrado en Arqueología: el proyecto sobre el poblamiento ibérico en el área del Guadiana Menor (Jaén)”. *Arqueología Espacial* 19-20: 105-120.
- DUNNELL, J.D. 1984: “The Americanist literature for 83: a year of contrasts and challenges”. *American Journal of Archaeology* 88: 489-513.
- FÁBREGA, P. 2005: “Tiempo para el espacio. Poblamiento y territorio en la Edad del Hierro en la comarca de Ortegá (A Coruña, Galicia)”. *Complutum* 16: 125-148.
- GARCÍA GÓMEZ, E. y PEREIRA, J. 2002: “Un recorrido histórico por los métodos de almacenamiento y conservación de las bellotas”. *Montes* 69, 3.º trimestre: 48-56.
- GARCÍA HERAS, M. 2003: “Malos tiempos para la lírica. ¿Hay todavía futuro para la arqueología científica en la universidad española?”. *Complutum* 14: 7-18.
- GARCÍA RIAZA, E. 2006: “La expansión romana en Celtiberia”. En F. Burillo (ed.): *Segeda y su contexto histórico. Entre Catón y Nobilior (195-153 a.C.)*. Estudios Celtibéricos 2. Zaragoza.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. 2005: “¿Para qué sirven los celtas?”. *Complutum* 16: 181-185.
- GOZALVES, E. 1999: “Algunos datos sobre el poblamiento indígena en la Celtiberia Meridional (s. III-I a.C.)”. *Wad-Al-Hayara* 26: 5-16.
- HERNANDO, A. 1992: “Enfoques teóricos en Arqueología”. *Spal* 1: 11-35.

- 1999: “El espacio no es necesariamente un lugar: en torno al concepto de espacio y sus implicaciones en el estudio de la Prehistoria”. *Arqueología Espacial* 21: 7-27.
- 2002: *Arqueología de la Identidad*. Akal. Madrid.
- HILL, J.D. y CUMBERPATCH, G. 1993: “Volviendo a pensar la Edad del Hierro”. *Trabajos de Prehistoria* 50: 127-137.
- JIMENO, A.; TORRE, I. de la; BERZOSA, R. y MARTÍNEZ, J.P. 2004: *La necrópolis celtibérica de Numancia*. Arqueología en Castilla y León 12. Junta de Castilla y León. Valladolid.
- LORRIO, A. 1997: *Los Celtíberos*. Complutum Extra 7.
- 2005: *Los Celtíberos*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 25. Real Academia de la Historia, Universidad Complutense de Madrid. Madrid, 2.^a ed. revisada.
- LULL, V., 1983: *La cultura de El Argar*. Akal. Madrid.
- MANUEL VALDÉS, V. 2002: “Análisis químico de los sedimentos. Realizado con muestras del castro de El Ceremeño (Guadalajara)”. En M.^aL. Cerdeño y P. Juez (eds.): *El castro celtibérico de El Ceremeño (Herrería, Guadalajara)*. Memorias del Seminario de Arqueología y Etnología Turolense 8. Teruel.
- MARCOS, F. 2005: “El comportamiento de los materiales en el proceso de consolidación de los yacimientos arqueológicos”. *III Congreso Internacional sobre Musealización de Yacimientos Arqueológicos* (Zaragoza 15-18 noviembre, 2004). Zaragoza: 121-126.
- MARTÍNEZ NARANJO, J.P. 1997: “El inicio del mundo celtibérico en el interfluvio Alto Jalón-Mesa”. *Complutum* 8: 161-182.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M.^aI. 1989: *Una revisión crítica de la Prehistoria española: La Edad del Bronce como paradigma*. Siglo XXI. Madrid.
- MARTÍNEZ SASTRE, V. 1992: “El poblado de Campos de Urnas de Fuente Estaca (Embid, Guadalajara)”. En J. Valiente (ed.): *La celtización del Tajo Superior*. Universidad de Alcalá de Henares. Alcalá de Henares: 67-78.
- MARTÍNEZ SASTRE, V. y ARENAS, J. 1988: “Un hábitat de Campos de Urnas en las parameras de Molina (Embid, Guadalajara)”. *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha III, Pueblos y culturas Pre y Protohistóricas*: 269-278 (Ciudad Real, 1985). Toledo.
- MATA, C. 1991: *Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia)*. Origen y evolución de la cultura ibérica. Trabajos Varios del Servicio de Investigaciones Prehistóricas 88. Valencia.
- MICÓ, R. 2006: “Archivos, espejos y telescopios. Maneras de hacer Arqueología”. *Complutum* 17: 171-183.
- OREJAS, A. (coord.) 2006: “Arqueología Espacial: Espacios agrarios”. *Arqueología Espacial* 26.
- ORTEGA, J.M. 1999: “Al margen de la ‘identidad cultural’: historia social y economía de las comunidades campesinas celtiberas”. *IV Symposium sobre Los Celtíberos. Economía* (Daroca, 24-27 septiembre, 1997): 417-452. Zaragoza.
- 1999-2000: “Dilemas de la democracia: ‘expertos’, celtíberos y neonazis”. *Kalathos* 18-19: 107-123.
- PARCERO, C. 1995: “Elementos para el estudio de los paisajes castreños del noroeste peninsular”. *Trabajos de Prehistoria* 52, 1: 127-144.
- 2002: *La construcción del paisaje social en la Edad del Hierro del Noroeste ibérico*. Instituto de Estudios Gallegos. Ortigueira.
- RODRÍGUEZ CADEROT, G.; CERDEÑO, M.^aL.; HERNANDEZ, M.^aC. y FOLGUEIRA, M. 2006: “Observaciones topoastronómicas en la Zona Arqueológica de El Ceremeño (Herrería, Guadalajara)”. *Complutum* 17: 133-143.
- ROYO, J.I. 1987: “La necrópolis tumular de Los Castelletes de Mequinenza (Zaragoza)”. Campaña 1985. *Arqueología Aragonesa*. Diputación de Aragón. Zaragoza.
- 1990: “Las necrópolis de los Campos de Urnas del valle medio del Ebro como precedente del mundo funerario celtibérico”. *II Symposium sobre Los Celtíberos, Necrópolis Celtibéricas* (Daroca, 28-30 abril, 1988): 123-136. Zaragoza.
- RUIZ, A. 1993: “Panorama actual de la Arqueología española”. En M.^aI. Martínez Navarrete (coord.): *Teoría y práctica de la Prehistoria: perspectivas desde los dos extremos de Europa*. Universidad de Cantabria - CSIC. Santander: 307-326.
- RUIZ, A.; MOLINOS, M. y RISQUEZ, C. 1998: “Paisaje y territorio mundo: dos dimensiones de una misma teoría arqueológica”. *Arqueología Espacial* 19-20: 21-31.
- RUIZ ZAPATERO, G. y LORRIO, A., 1999: “Las raíces prehistóricas del mundo celtibérico”. En J. Arenas y M.^aV. Palacios (coord.): *El origen del mundo celtibérico*. Ayuntamiento de Molina de Aragón. Molina de Aragón: 21-36.
- SÁNCHEZ PALENCIA, F.J. (ed.) 2000: *Las Médulas (León): un paisaje cultural en la Asturia Augustana*. Instituto Leonés de Cultura. Diputación Provincial de León. León.
- SÁNCHEZ PALENCIA, F.J. y FERNÁNDEZ-POSSE, M.^aD. 1988: *La Corona y el Castro de Corporales. Campaña 1983 y prospecciones en la Valdúria y La Cabrera*. Ministerio de Cultura. Madrid.
- SANMARTÍ, E. y PRINCIPAL, J. 1997: “Las cerámicas de importación itálicas e ibéricas, procedentes de los campamentos numantinos”. *Revista d’Arqueologia del Ponent* 7: 35-75.
- 1998: “Cronología y evolución tipológica de la Campaniense A del siglo II a.C.: las evidencias de

- los pecios y de algunos yacimientos históricamente fechados”. En J. Ramón, J. Torres, J. Sanmartí, D. Asensio y J. Principal (eds.): *Les facies ceràmiques d'importació a la costa ibèrica, les Balears i les Pitiüses durant le segle III a.C. i la primera meitat del segle II a.C.* Arqueomediterrània 4: 193-215.
- SOLER, J. 2007: “Redefiniendo el registro material. Implicaciones recientes desde la arqueología del paisaje anglosajona”. *Trabajos de Prehistoria* 64, 1: 41-64.
- TRIGGER, B.G. 1992: *Historia del pensamiento arqueológico*. Crítica. Barcelona.
- URBINA, D.; MORÍN, J.; RUIZ, L.; AGUSTÍ, E. y MONTERO, I. 2007: “El yacimiento de Las Camas, Villaverde, Madrid. Longhouses y elementos orientalizantes al inicio de la Edad del Hierro en el valle medio del Tajo”. *Gerion* 25 (1): 45-82.
- VALIENTE, J. 1984: “Pico Buitre (Espinosa de Henares, Guadalajara). La transición del Bronce al Hierro en el Alto Henares”. *Wad-Al-Hayara* 11: 9-57.
- 1999: “La facies Riosalido y los Campos de Urnas del Tajo Superior”. En J. Arenas y M.^aV. Palacios (coord.): *El origen del mundo celtibérico*. Ayuntamiento de Molina de Aragón. Molina de Aragón: 81-95.
- VEGA, G. 2002: “Dataciones radiométricas del castro de El Ceremeño”. En M.^aL. Cerdeño y P. Juez (eds.): *El castro celtibérico de El Ceremeño (Herrería, Guadalajara)*. Anexo II: Memorias del Seminario de Arqueología y Etnología turolense 8. Teruel: 81-95.
- 2003: “Introducción”. En G. Vega, J. Bernabeu y T. Chapa (eds.): *La Prehistoria*. Síntesis. Madrid: 11-25.
- 2007: “Dataciones radiocarbónicas de la fase III de la necrópolis de Herrería (Guadalajara). En M.^aL. Cerdeño y T. Sagardoy (eds.): *La necrópolis celtibérica de Herrería III y IV (Guadalajara)*. Anexo 4: Estudios Celtibéricos 4. Zaragoza: 183-186.
- VELA, F. 2003: *Espacio doméstico y arquitectura del territorio en la Península Ibérica*. Tesis Doctoral. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense de Madrid.
- VICENT, J. 1984: “Fundamentos para una investigación epistemológica sobre la Prehistoria I”. *Jornadas de Metodología de la Investigación Prehistórica (Soria, 1981)*: 71-87. Madrid.
- 1991: “Arqueología y Filosofía: la Teoría Crítica”. *Trabajos de Prehistoria* 48: 29-36.